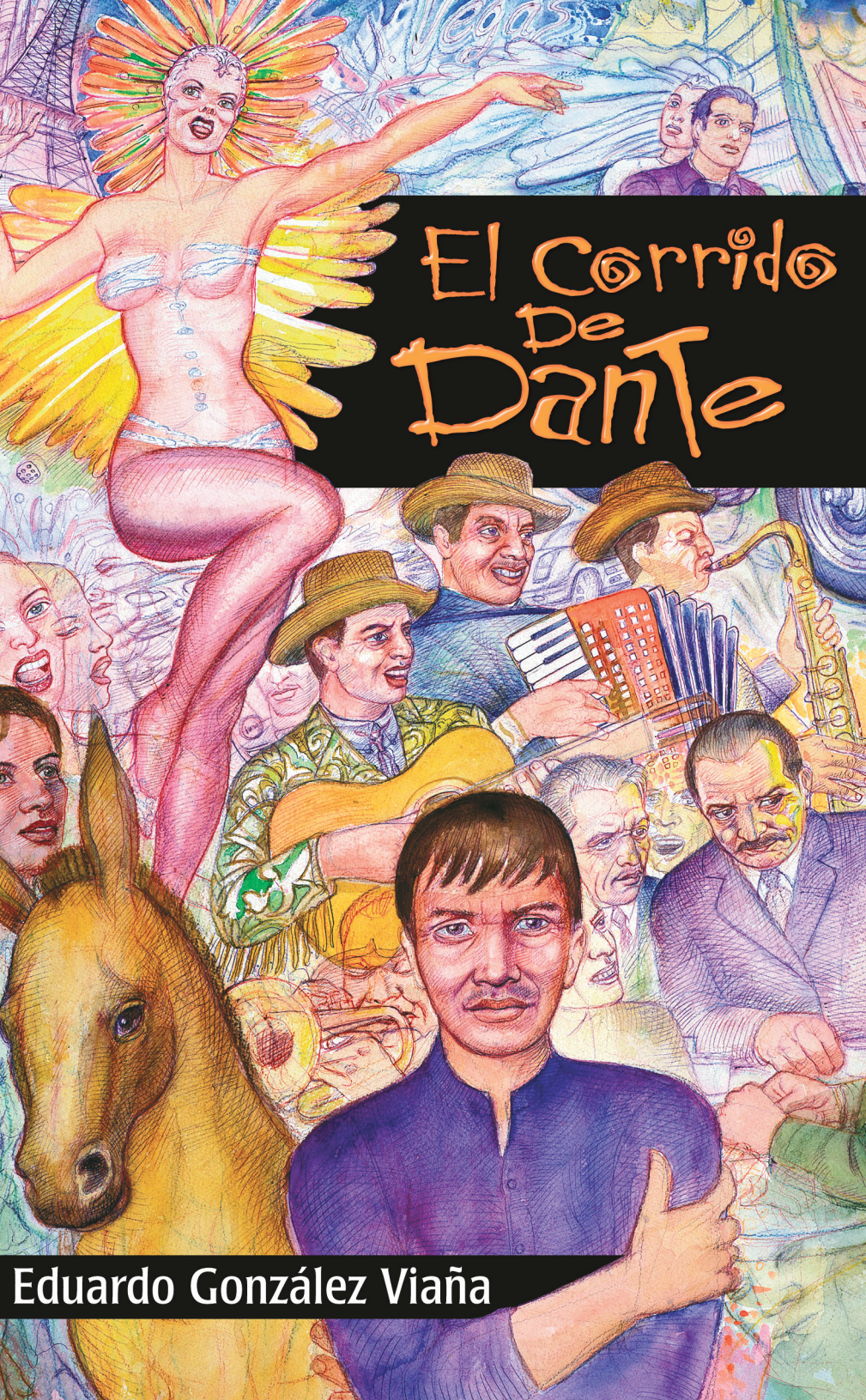




El Corrido de Dante

Eduardo González Viaña

El Corrido De Dante

Eduardo González Viaña



Arte Público Press
Houston, Texas

Este libro ha sido subvencionado en parte por becas de la Ciudad de Houston a través del Cultural Arts Council of Houston/Harris County y por el Exemplar Program, un programa de Americans for the Arts en colaboración con el LarsonAllen Public Services Group, creado por la Fundación Ford.

Recuperando el pasado, creando el futuro

Arte Público Press
University of Houston
452 Cullen Performance Hall
Houston, Texas 77204-2004

Arte para la portada por Alejandro Romero
Diseño de la portada de Giovanni Mora

González Viaña, Eduardo, 1941-

El corrido de Dante / Eduardo González Viaña

p. cm.

ISBN 10: 1-55885-314-6 (alk. paper)

ISBN 13: 978-1-55885-314-0

I. Title.

PQ84-9.17.O55C67 2006

863'.64—dc22

2006042677

CIP

∞ El papel utilizado en esta publicación cumple con los requisitos del American National Standard for Permanence of Paper for Printed Library Materials ANSI Z39.48-1984.

©2006 por Eduardo González Viaña
Impreso en los Estados Unidos de América

6 7 8 9 0 1 2 3 4 5

10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

**A Los Peregrinos de La Santa Muerte.
Canté con ellos en un bar de El Paso.
Desafiné, y estoy pagando mi culpa.**

**Nosotros no cruzamos la raya,
la raya nos cruzó a nosotros.**

—Cantado por Los Peregrinos de La Santa Muerte

1

El primero que llegó a la fiesta fue un burro

Dante Celestino esperaba en la puerta a los invitados cuando vio aparecer dos largas orejas recortadas de perfil contra el cielo del sur. Luego la silueta se fue dibujando con nitidez. Era un burro, venía de lejos y cojeaba de una de las patas traseras, pero avanzaba hacia él como si fuera un viejo amigo, como si tuviera invitación para la fiesta, como si alguien le hubiera pasado la voz de que Dante era doctor de animales.

Por sus maneras intelectuales y un poco tristes, cuando se hallaba todavía algo lejos —silueta negra dentro de un sol amarillo— Dante lo tomó por un ángel. Pero los ángeles vuelan y no trotan, tampoco cojean ni mucho menos levantan las orejas como quien aguanta sin quejarse un dolor insoportable. Tampoco miran con unos ojos enormes, rojizos, llenos de nostalgia. Ni espantan a las abejas con el rabo. Ni llegan hasta uno y mueven las orejas para saludar. Y como el burro hizo todo esto, Dante no vaciló en darle la bienvenida y en rogarle con un gesto que se sentara a un costado de la puerta principal para ver si podía diagnosticar la causa de su renguera y ayudarlo.

A pesar de que estaba vestido de fiesta, Dante se posesionó del trabajo que había venido haciendo la mayor parte de su vida en los Estados Unidos. Se quitó la corbata y el saco de pana azul brillante, se arremangó la camisa, se puso en cuclillas junto al animal herido y comenzó a tantear la magnitud de la fractura. No era muy grande, pero sí profunda y necesitaba cuidado. En los cuarenta minutos que todavía faltaban para que llegara el primer invitado, Dante logró

encontrar un listón de madera y conseguir un largo retazo de lona con el que envolvió la pata herida del cuadrúpedo. Al final, situó junto a la puerta del salón al rengo forastero quien, a pesar de un aparente gran dolor, no se había quejado durante todo el tiempo que duró el entablillado, no había movido las orejas ni agitado la cola, pero no había podido evitar que dos gruesos lagrimones resbalaran desde sus enormes ojos.

Una hora más tarde, Dante Celestino comenzó a recibir a sus amigos, y los hizo pasar al salón comunitario luego de un intercambio de palmaditas en la espalda. De pie y ataviado con la ropa recién comprada en Portland, sonriendo y recibiendo las felicitaciones de todo el mundo, el dueño de la fiesta se comenzó a sentir como el administrador de un circo en el momento de saludar a los señores y señoras de la digna concurrencia, pero rápidamente descartó ese pensamiento y recordó que había llegado el momento más importante de sus veinticinco años en los Estados Unidos y que estaba cumpliendo en grande con la promesa que hiciera a su esposa en su lecho de muerte.

De arreglarse los botones del cuello, Dante pasó a mirar con cierto asombro toda la extensión del salón comunitario. Era inmenso y elegante. Las noventitantas familias que vivían en el condominio tenían derecho de usarlo, aunque a veces pensaran que era demasiado ostentoso si se lo comparaba con sus exiguos departamentos. Aquéllos no tenían más de dos dormitorios, pero lo que había entusiasmado a la señora Celestino cuando se instalaron en uno de ellos fue el tamaño y las pretensiones de la sede social.

—Aquí haremos la quinceañera de Emmita, —proclamó entonces mirando a su hijita que recién estaba aprendiendo a caminar.

Pero un año atrás, la señora Celestino había fallecido sin tener la oportunidad de participar en la solemne fiesta que esperaba a Emmita, y en el hospital, en medio de su agonía, apenas pudo tener un momento para hablar con su marido. Musitó en su oído el gran compromiso que le dejaba.

—No olvidarás la quinceañera —le dijo.

—¿Que no olvidaré qué?

—No te olvides. Tienes que hacerle una quinceañera el próximo año, pero una quinceañera de verdad.

Por el resto de su vida recordaría esas palabras pronunciadas con una voz ya lejana e intermitente, de la manera en que los moribundos comunican sus últimos deseos. Trabajando con la maquinaria o curando a las bestias, cuando la luna se ponía enorme y amarilla o cuando el viento soplaba desde el oeste, esas palabras regresaban hacia él. Todo el tiempo, y ahora, luna sobre luna, Dante se sentía feliz de estar cumpliendo su palabra. ¡Y en qué sitio!

—No . . . , caramba, estos gringos son muy prácticos —se decía Dante todas las veces que pensaba en los diversos usos que se podía dar al salón comunitario. En todos sus años allí, lo vería servir como cancha de básquetbol, escenario de las posadas navideñas, salón de bailes y centro de reuniones de la comunidad. Ahora, con la ayuda de algunos parientes y amigos de buena voluntad, y con sus ahorros de varios años, cumplía con la palabra empeñada y estaba convirtiendo la sala en un fastuoso escenario de fiesta como aquéllos donde se desarrollan las vidas y los quereres de la gente que habita en las telenovelas.

De pronto, en el mismo lado del horizonte de donde había surgido el asno rengo, llameó un resplandor que después resultó ser la cara frontal de un vehículo plateado, y los invitados se volcaron a la puerta ante el anuncio de que estaba a punto de llegar la reina del cumpleaños. A medida que se acercaba y mientras avanzaba por las curvas del camino, la forma plateada ganó nitidez y por fin se dejó ver como una larguísima limosina con catorce puertas y un brillo que enceguecía y obligaba a mirarla con los ojos a medio cerrar. Cuando se detuvo, un chofer vestido de negro bajó ágilmente a abrir la puerta que ostentaba una corona real, y de allí descendió Emmita.

Las uñas, rojas. Los labios, intensos. Una línea azul por debajo y otra por encima de los ojos. El rimel estiraba las pestañas y las convertía en alambres flotantes. Por primera vez, la niña se había vestido de mujer o de reina, y trataba de poner el pie derecho en tierra, pero estaba usando tacos y eso tornaba difícil el descenso. Por fin, se dio impulso con las manos sobre el asiento del carro, logró dar un

salto ágil y pudo avanzar sobre la alfombra carmesí que la estaba esperando.

A partir de eso, todo fue estridencia. Primero, los aplausos no tenían cuándo cesar, y después el fragor agudo y metálico de una trompeta abrió en dos el cielo de Mount Angel para proclamar a todos los vientos y a toda la gente del mundo que *éstas son las mañanitas que cantaba el rey David y como hoy es día de tu santo, te las cantamos a ti*. Luego de una media hora, todo volvió a su lugar o encontró el que le correspondía, el rey David se fue al cielo, Emma fue conducida a su trono, la limosina se estacionó soberbia junto a la puerta de la fiesta mientras que, exactamente delante de ella y debajo de un toldo rojo, sentado sobre sus cuatro patas, el asno rengo completaba el paisaje.

Enfundada dentro de un vestido azul eléctrico con lentejuelas de plata y espejos que obligaban a parpadear, la maestra de ceremonias derramaba una voz melosa que iba anunciando el interminable desfile de los padrinos. El primero en pasar fue el señor Egberto Longaray, de Guanajuato, de más o menos setenta años, con sombrero tejano inclinado hasta la nariz. Se le anunció como el padrino de limosina porque había sido él quien la alquilara.

Avanzaron luego, don Manuel Montoya y su esposa Socorro de Montoya, y cuando se informó que eran los padrinos de fuegos artificiales, comenzó un inacabable aplauso porque don Manuel había sido capaz de lograr algo imposible en los Estados Unidos. En todo el país, los luminosos castillos de fuego sólo pueden ser admirados el 4 de julio, pero la simpatía arrolladora de este peruano residente en Oregon se había impuesto, y había logrado que la municipalidad de Mount Angel le permitiera traerlos de no se sabe dónde y prenderlos el día de la quinceañera. Un palacio armado con carrizos y pólvora había sido edificado al lado del salón comunitario, y sólo se esperaba la medianoche para convertirlo en chispas y luceros, flores de fuego y palomas de bengala, antorchas, resplandores y miles de lámparas capaces de iluminar todo el espesor del cielo y de la vida.

La dueña del micrófono anunció luego a los padrinos de arreglo del local, la señora Lulú y su esposo Gabriel Escobar, con sus hijas

Lulú segunda y Lulú tercera. Los cuatro caminaban mirando preocupados hacia el suelo como si temieran que les hubiera faltado un detalle y estuvieran prontos a corregirlo.

Después se deslizaron las botas con piel de cocodrilo de Carlos Montealegre, el padrino de música a quien acompañaban “su digna esposa doña Guadalupe Alegre de Montealegre y sus hijos Rubén, Martín, Martina, Cleofé, Carlota, Carmencita y Guadalupe que le dan realce a la fiesta”, según explicaba la presentadora.

Cada uno de los mencionados era recibido con un aplauso que se tornó en gritos de aprobación cuando se anunció a doña Marisol Rodríguez, la ondulante madrina de ballet folklórico, quien se presentaba vestida de china poblana e iba seguida por veinte muchachos vestidos con pantalón rojo y camisa blanca y otras tantas chicas, enfundadas en blusas brillantes y faldas muy largas, cuyos ojos revelaban que los jóvenes no habían parado de bailar durante semanas preparándose para la magna ocasión.

Pasaron después los padrinos de tarjetas, de fotografías, de velaciones, de tortas, de bebidas, de peluquería, de rezos, de filmaciones, de maquillaje, de llamadas telefónicas, de invitaciones personales y muchos otros cuyo padrinazgo describían las muchas maneras en que habían colaborado con el evento. Todo había sido ensayado durante varios fines de semana, pero de vez en cuando alguna madrina nerviosa o algún padrino apresurado rompía el protocolo.

La maestra de ceremonias dijo entonces que la orquesta iba a iniciar la fiesta con el vals de los padrinos, y se escucharon los acordes del “Danubio azul”, pero eran tantos los padrinos y representaban generaciones tan distintas que una sola pieza musical no bastaba para todos los gustos, y el “Danubio” pronto cedió paso a “La niña fresa” para que la bailaran los más jóvenes y a una rancherita para que la gozaran los de más edad. Cuando llegó el momento en que la música era sólo para los mayores, todos los caballeros bailaban como el señor Longaray de Guanajuato, con los ojos y los sombreros inclinados hacia el suelo.

Sentada en el centro de la sala, la joven agasajada sonreía nerviosa. No era un secreto que el peluquero del pueblo había presta-

do el trono en gratitud por todos los peinados que había tenido que hacer a las chicas hispanas de Mount Angel. Ramos de flores y adornos de purpurina le ofrecían a ese sillón remembranzas principescas. Una señora muy morena y con un peinado que la hacía parecer un hada aseguró que el traje de Emma, blanco y con adornos dorados, había sido dictado desde el más allá por su madre quien ya en el cielo probablemente recordaría haber visto ese vestido en el ropero de una de sus heroínas de la televisión.

Catorce damas vestidas de celeste sonreían nerviosas a uno y otro lado de la cumplimentada mientras que, enfrente de ellas, catorce muchachos vestidos con smoking negro les lanzaban miradas nerviosas, pero ninguno de ellos se movía. Los trajes parecían ser demasiado grandes en algunos casos, muy pequeños en otros, pero ninguno lucía incómodo sino desesperado por dar de una vez los pasos hacia su respectiva dama, tal como lo habían estado ensayando varias semanas. En el centro de la sala, el chambelán posaba para una fotografía. Era un joven provisto de un bastón dorado en la mano derecha con el que debía dar la orden de bailar en cuanto lanzaran otra vez al aire los sones del “Danubio azul”.

Todo era silencio e inmovilidad. Era uno de esos momentos en que no pasa el tiempo y en los que el mundo parece estar detenido y posando.

Nunca durante su pasada vida en Michoacán había soñado Dante que alguna vez daría una fiesta así. Todo lo que había gastado, a pesar del apoyo de sus amigos, era producto de muchos años a sueldo mínimo que era lo máximo que le pagaban a un hombre sin *green card*. Veinticinco años atrás, había pasado la raya; diez años después llegó la que sería su compañera, y aquí en Estados Unidos les había nacido Emmita. Habían pensado tener muchos hijos, pero después del parto, el médico que atendía a la señora Celestino le dijo que no podría tener más descendencia.

—Póngase junto a los padrinos para una foto —le susurró alguien, y Dante se preguntó si podría hacerlo con el acordeón en los brazos. El instrumento descansaba envuelto en una caja brillante. Era su compañero inseparable y muchos esperaban que lo tocara.

Mientras tanto, los padres Pichón, dos sacerdotes mellizos y muy bajitos que procedían de Michoacán, iban y venían de uno a otro lado del salón bendiciendo todo lo que encontraban a su paso: el trono y las ollas de comida, las sillas y las trompetas, los zapatos forrados con seda lila y las botellas de champaña, las mesas y las copas, las botas con metal en la punta y el maquillaje de las madrinan, las carteras bordadas con perlas y los cabellos engominados de los padrinos, las guitarras, los recuerdos de la tierra lejana, los parlantes y la ropa casi celestial de la dueña del cumpleaños.

Después decidieron que era hora de bendecir el anillo destinado a la reina de la fiesta, y se acercaron al muchacho que hacía de chambelán. Aquél se había pasado toda la primera hora de rodillas sobre un reclinatorio y con la mirada fija en Emmita a quien pretendía enamorar, al parecer sin mucho éxito.

—¿Tienes a la mano lo que vas a ofrecerle?

El joven sacó de uno de sus bolsillos un paquete pequeño y lo desenvolvió lentamente ante la mirada expectante de los padrinos.

—¡Ay, qué belleza! ¡Ay, qué belleza! —no cesaba de decir con un gemido de alegría una señora de pecho inmenso que parecía ser la madrina más importante—. ¿No le parece que es una belleza, Dante? Ah, Dante . . .

—No, claro, claro que lo es . . .

Entonces los sacerdotes le pidieron al joven que, antes de entregarlo, sumergiera el anillo en un lavatorio colmado de agua bendita. Con gran cuidado, el chambelán hizo lo ordenado, y el objeto al entrar en el agua produjo un sonido redondeado y efervescente, algo así como *chorrrrr*. . . . y levantó humo y burbujas en la superficie . . . *chorr* . . . *chorrrrr*, como si los pecados del muchacho causaran la ebullición a su ingreso en el líquido bendito. Dante observó al joven con un semblante preocupado, pero se tranquilizó cuando uno de los padres Pichón aseguró que aquello era natural y que ocurría en todas las ceremonias de quinceañera.

De pronto, todo se estremeció, y la banda de los Vengadores del Norte, armada de unos parlantes muy poderosos dejó escuchar nuevamente los acordes del “Danubio azul”. Fue como si la luz del

Espíritu Santo descendiera de pronto sobre el salón comunitario; el chambelán se puso en acción, alzó y bajó el bastón varias veces y repitió —*One, two, three . . . one, two, three*.

Algo que le fastidiaba a Dante era que los jóvenes hablaran entre ellos en inglés, y tan sólo utilizaran el español para la comunicación con los padres. Emmita era la que menos usaba el idioma de la familia, y no parecía dar mucha importancia a los consejos paternos sobre la clase de chicos con los que podía salir.

—Hispanos, como nosotros, eso está bien —decía Dante— pero no esos otros jóvenes hispanos que no hablan en español y se juntan en pandillas para hacer negocios con drogas.

—*One, two, three . . . one, two, three . . .* —repitió el chambelán mientras levantaba el bastón dorado, para luego dirigirse hacia la agasajada y, del brazo de ella, encabezar el grupo de las catorce parejas que, sin embargo, no bailaban todavía. En vez de hacerlo, se dirigieron primero hacia una pared de la sala donde se hallaba una imagen de la Virgen de Guadalupe, y le hicieron una venia. Después continuaron las vueltas en torno del área del salón haciendo venias y genuflexiones ante los padrinos de la quinceañera, el padre, los sacerdotes, los vecinos y un grupo de gringos que disparaban el flash de sus cámaras fotográficas sin cesar.

Pero Emmita no daba la impresión de sentirse muy feliz. En varias de las venias obligadas, no pudo disimular una mueca que era tal vez de burla o de aburrimiento. Por fin, cuando se lanzaron a rodar las parejas recorriendo con los pies los acordes triunfales de la danza, parecía no estar en este mundo, pero tampoco en el otro, y cuando le tocó el turno de bailar con su padre, no cesaba de mirar hacia la puerta.

Dante se dio cuenta de que su hija ya no era la misma. Era como si se la hubieran cambiado. Ya no era la niña a quien podía curarle un dolor de cabeza o unos retortijones de estómago con sólo repetirle *sana, sana, colita de rana*. Esos encantamientos ya no le hacían efecto. Recordó a una vecina quien le había advertido que cuidara a la joven.

—No quiero entrometerme, pero me parece haberla visto con un muchacho que no era de aquí. No era uno de nuestros chicos.

Después le habían descrito al intruso: tenía aspecto de mexicano, pero hablaba con dificultad el español; llegaba al pueblo en un *low rider* o en una camioneta inmensa, de las que usan los pandilleros, y se vestía completamente de negro. Le habían explicado que el sujeto aparecía cuando él estaba trabajando. Dante no lo podía creer. Se imaginaba que —para no ser visto, ni oído— el amigo de su hija se colgaba de los techos en la noche como una bolsa siniestra, y que sus alas lo envolvían todo, nocturno, funesto, fatídico, desgraciado, infernal, colgante, volador, silencioso, fatal.

El día de la conversación con la vecina se armó de valor para decirle a Emmita que tal vez ya era hora de que hablaran de algunos asuntos muy en serio.

—Antes que todo, creo que ya te estás haciendo toda una señorita . . .

—Por favor, Dad, no interrumpas, que estoy viendo la televisión.

Semanas después de ese intento fallido, decidió volver a la carga porque cuando Dante llegaba de noche, le parecía que una pequeña sombra se desprendía del techo de los vecinos y se iba chillando hacia lo más negro del cielo; cuando cerraba los ojos, veía dos ojos pequeños y escrutadores que no dejaban de observarlo; otras veces la pequeña bestia transformaba su mutismo en un graznido y parecía que le anunciaba el fin del mundo, o de su mundo.

—Siempre te he dicho que los muchachos mexicanos de tu edad son muy correctos, y si vas a tener un pretendiente, me parecería normal verte con uno de ellos.

Emmita se lo quedó mirando y subió el volumen del televisor, y entonces, solamente entonces, se le ocurrió que a lo mejor o a lo peor los vecinos estaban diciendo la verdad, y cuando volvió a pensar en el murciélago, no lo vio joven, sino antiguo, seco, perverso como un rostro de esos que siempre te está mirando desde un sepulcro maldito.

Y tú, quién sabe por dónde andarás, quién sabe qué aventuras tendrás, qué lejos estás de mí. La banda de los Vengadores del Norte no conocía la letra de ese bolero, pero don Manuel Montoya había llegado armado con una serie de grabaciones para la gente amante de los recuerdos, y el director de la orquesta se vio obligado a reproducirlas y a que sus músicos le dieran acompañamiento. *Como un rayito de luna, entre las selvas dormida, tú diste luz a mi vida, como un rayito claro de luna.* Los adultos comenzaron a bailar. Al igual que el padrino de fuegos artificiales, una docena de caballeros cantaban al oído de sus compañeras. Algunas de ellas gimoteaban. *Aunque la virgen sea blanca, píntale angelitos negros, que también se van al cielo, todos los negritos buenos . . .* el señor Longaray cerraba los ojos como un negrito bueno.

Pero la banda estaba dispuesta a satisfacer a todo el mundo y continuó con el “Corrido de Johnny el Pachuco” de Steve Jordan, siguió con “Hay te dejo en San Antonio” de Flaco Jiménez y continuó con los últimos éxitos de Joe López que causaron el delirio de los jóvenes. También pasó por Pedro Ayala, “El monarca del acordeón”.

Maruja Tafur se apoderó del micrófono. Era una dama inmensa y sudamericana, no se sabe si del Perú, o de Argentina, que solía cantar en todas las celebraciones. Levantaba la cara hacia el cielo mientras cerraba sus ojos verdes y gorjeaba con una voz irrefrenable. Llegó a Mount Angel mucho antes que la mayoría de los mexicanos residentes y trabajó en la escuela del pueblo hasta su jubilación. Todos la respetaban, y nadie podía atreverse a contrariar sus deseos de cantar, pese a que preferirían continuar bailando. Su fuerte no eran las rancheras sino algunas canciones líricas en las que lucía una voz que podría romper cristales y trastornar el universo. Una vez que se apoderó del micrófono, se tomó su tiempo alabando los quince años como la mejor edad de la vida y dijo que iba a anunciar la sorpresa de la noche.

—He compuesto una canción para Emmita, y voy a pedirle a Dante que me acompañe con el acordeón —dijo Maruja, pero nadie la escuchó porque, mientras hablaba, el sistema de sonido había

invitados, pero ya no había nadie allí porque los extraños ya estaban adentro y nos rodeaban sin que nosotros lo supiéramos ni lo quisiéramos saber. Lo único que recuerdo es haber visto entrar en la sala a un joven vestido todo de negro. Tras él, sus acompañantes llevaban el pelo pegado al cráneo, y sus cabezas brillaban como si se hubieran puesto vaselina.

Dante lo recordará toda la vida. Lo recordará todo, el extraño vestido de negro y con el pelo cortado al rape avanzando hacia Emma . . . y llegando hasta la muchacha aunque él tratara en vano de interponerse entre ellos.

Con voz melosa y asustada, la maestra de ceremonias gritaba, —No, por favor. No, por favor. Déjennos en paz. No nos hagan esto.

No hicieron mucho. Les bastó con despedir a la orquesta y poner el aparato de sonido a todo volumen con una serie de zumbidos, brami-dos, explosiones y de vez en cuando una voz de perro que cantaba en inglés, o tal vez gritaba con estrépito.

Algunos invitados alcanzaron a despedirse, pero otros no lo hicieron. Dante, de pie junto a la puerta, se esforzaba en detenerlos y en explicarles que todo era una equivocación, pero lo dejaron casi solo. Se desplomó en una silla, puso los codos sobre una mesa y el planeta dejó de existir para él.

Según algunos, los pandilleros le hicieron beber una sustancia extraña. Según otros fue desmayado de un cachazo de pistola en la cabeza, y la pandilla se apoderó de la fiesta. Se hicieron los dueños de la quinceañera, y por fin, le dieron tiempo a Emmita para que preparara su maleta y se montara en el asiento trasero de una de las *low riders*.

Pero Dante no recuerda las cosas así:

—No pasó nada. ¿Para qué periódico dice que trabaja? No, hombre, esa noche no pasó nada.

—Estoy tomando notas para escribir una historia. A lo mejor ese detalle no aparecerá.

—No pasó nada.

—¿Cuántos eran?

Dante mira hacia el cielo.

—Los asaltantes. ¿Cuántos?

—Le repito que no pasó nada.

En todo caso, Dante despertó a la mañana siguiente. Tal vez, desmayado en el local o en su cama si es cierto que no pasó nada. Quizás decidió creer que todo lo había soñado.

Según lo que dice que recuerda, era ya bien avanzada la mañana cuando pasó junto a la puerta del dormitorio de Emmita y quiso invitarla a dar una caminata para conversar sobre la vida. Dio tres toques en la puerta, y nadie abrió. Esperó una hora más y volvió a llamarla, pero la puerta no quiso abrirse. Entonces empujó la puerta, y encontró la cama intacta de su hija, como si no hubiera dormido allí.

Nunca más, por más vueltas que dé el mundo se encontraría tan solo Dante. Era ostensible que su hija lo había dejado, y que la fiesta, planeada durante la mayor parte de su vida, había sido un fracaso.

Esa mañana no pudo encontrar nada sino la carta de su hija esperándolo. Estaba sobre la mesa. Dice que vio la carta, y que ya no pudo ver más. Como se iba a tardar mucho en leerla y no la iba a entender por completo, prefirió ir a buscar a un amigo de confianza.

Al salir de la casa se encontró con los ojos enormes del asno al que había dado refugio por ese día pensando en que luego buscaría a su dueño.

“Me voy, Dad, no me siento bien en este environment que tú tienes para mí. Remember, Dad, ya no estás en México y yo no soy una chiquilla. Mom y tú siempre me llevaron a las fiestas de hispanos, a la iglesia, a las clases en español, y luego me hiciste esa fiesta ridícula. Dad, yo soy una chica americana. Johnny y yo hemos estado saliendo *for a long time*, como más de seis meses. Ahora voy a vivir con él . . . Cómo querías que te lo dijera, Dad, si tú no quieres a los chicos que hablan inglés, si te choca que los jóvenes lleven aretes y usen tatuajes . . . Dad, ya no estás en tu tiempo ni en tu patria. Dad, ya tengo quince años y tú no me permites ni siquiera salir de noche.

“¿Te acuerdas de la fiesta de fin del año de la escuela? La única que hizo el ridículo fui yo porque llegaste a las diez de la noche por mí. A nadie le hacen eso. Tú sabes que mis *grades* son mejores que

los de mis amigas, pero a ellas sus padres las premian aunque sea por tener una *C plus*, y las dejan que hagan lo que quieran después del fin de año, hasta quedarse en el departamento de sus *boyfriends*. En cambio, tú y mi mom se empeñaron siempre en tratarme como una chiquilla. *Wake up*, Dad, yo soy una chica americana. Yo no nací en Michoacán.

“Papá, no me busques. No tienes derecho. Si llegaras a encontrarme, la policía me preguntaría si quiero vivir contigo o no, y yo diría que no quiero porque éste es un país libre. Y si te opones porque todavía no he cumplido los dieciocho, me mandarán a un hogar de adolescentes, pero no me obligarán a quedarme contigo porque, Dad, tú eres casi un analfabeto, y no puedes ofrecerme el futuro que tú mismo no tienes. ¿Te das cuenta que ni siquiera puedes leer esta carta de corrido y que tendrás que pedir a alguien que lo haga por ti?

“No trates de oponerte, Dad, porque Johnny puede pagar buenos abogados y, si te opones, podrías ir a parar a la cárcel. Y no te preocupes mucho, quizás algún día regrese, pero será cuando haya cumplido mi sueño de ser una gran cantante como Selena. Johnny conoce empresarios y tiene muchos amigos influyentes, y me va a llevar para que me hagan una prueba. *I’m gonna be famous*, Dad.”

Como Selena. Como una flor. Como una flor.

Y bidi bidi bom bom. Y bidi bidi bom bom.

“Te lo repito, Dad. Por tu bien, no trates de oponerte. Por tu bien.”

Unos días después de la fiesta, Dante salió por el mundo en busca de su hija sin más amigo que un asno rengo.

Como una flor. Como una flor.

Y bidi bidi bom bom. Y bidi bidi bom bom.